

[85]

LA PRÁCTICA DE LA *LECTIO DIVINA* EN LA PASTORAL BÍBLICA

Carlo M. Martini

Reflexión del Cardenal Carlo M. Martini, Arzobispo de Milán, sobre “La Lectio Divina, modelo e instrumento del apostolado bíblico” con motivo de la celebración del 25 aniversario de la Dei Verbum, organizada por el Consejo Pontificio para la Unidad de los Cristianos, Roma, Universidad Gregoriana, 13 de diciembre de 1990.

La enseñanza de la “*Dei Verbum*”

Quisiera partir en mi reflexión de una frase que se encuentra en el “Documento Final” del Sínodo de los Obispos de 1985, en el 20 aniversario del Concilio Vaticano II. En la segunda parte del Documento “La Palabra de Dios” leemos: en el contexto de la predicación del Evangelio “aparece la importancia de la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, que ha sido demasiado descuidada pero que sin embargo Pablo VI ha vuelto a proponer de manera más profunda y actual en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*”.

Para comprender mejor el motivo de este “descuido” con respecto a la *Dei Verbum* en los últimos veinte o incluso en los últimos veinticinco años comenzaremos recordando algunos pasajes de esta Constitución:

“Es necesario que toda la predicación de la Iglesia, como la misma religión cristiana se nutra por la Sagrada Escritura y se rija por ella” que es “para los hijos de la Iglesia fortaleza de la fe, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual” (no. 21).
“Es conveniente que los cristianos tengan amplio acceso a la Sagrada Escritura” (no. 22);
“Es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los demás que, como los

[86] diáconos y catequistas, se dedican legítimamente al ministerio de la Palabra, se sumerjan en las Escrituras con una asidua lectura sagrada y un estudio diligente (...). De igual forma el santo Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos, en particular a los religiosos, a que aprendan «el sublime conocimiento de Jesucristo» (Flp 3,8) con la lectura frecuente de las divinas Escrituras «Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo» (San Jerónimo)” (no. 25). Y un poco más adelante: “Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable un diálogo entre Dios y el hombre; porque a El hablamos cuando oramos, y a El oímos cuando leemos las palabras divinas (San Ambrosio)” (no. 25).

“Así, pues, con la lectura y el estudio de los Libros Sagrados «La palabra de Dios se difunda y resplandezca» (2 Tes 3,1) y el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene más y más los corazones de los hombres. Como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio eucarístico, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la acrecida veneración de la palabra de Dios, que «permanece para siempre» (Is 49,8; cf., 1 Pe 1, 23-25)” (no. 26).

Podemos sintetizar así la enseñanza del Concilio en lo que se refiere a nuestro tema:

- todos los fieles deben tener un acceso directo a la Escritura;
- deben leerla *frecuente y gustosamente*;
- deben aprender a *orar* a partir de la lectura directa de la Biblia;
- todo ello tiene como finalidad *conocer a Cristo Jesús*, porque no se le puede conocer fuera de las Escrituras, y conocerlo *de manera profunda*.

Las palabras de la *Dei Verbum* son por tanto muy importantes e incluso nuevas con respecto a lo que se pensaba en épocas precedentes. De hecho, en la Iglesia Católica el pueblo leía muy poco la Biblia directamente. En la mayoría de los casos se le permitía sólo acercarse a los Evangelios. (Además hay que tener en cuenta que eran muchas las personas que no sabían leer). Pero la nueva situación cultural ha impulsado a los Padres Conciliares a invitar a todos los fieles para que se acerquen al texto sagrado y a estimularlos al ejercicio de la *lectio divina*.

¿Ha sido recogida la invitación a la lectio divina?

¿Puede decirse, a veinticinco años del Concilio, que el Magisterio ha insistido en esta invitación? ¿Ha sido recogida por la comunidad cristiana?

[87]

El Sínodo de los Obispos de 1985 ha afirmado que la Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación ha sido demasiado descuidada. A mí me parece que igualmente ha sido descuidada la invitación a la *Lectio Divina*.

1. Releyendo, por ejemplo, el *Directorio Catequético General* de 1971-1972, un texto muy rico que se inspira en la *Dei Verbum*, cuando habla de la Escritura como alma de la catequesis, he podido advertir que no menciona jamás la lectio como instrumento adecuado para poner a los fieles en contacto con la Palabra. Esta omisión es interesante porque el documento es fruto de numerosas colaboraciones. Ello significa que nadie ha pensado en subrayar este momento importante para la catequesis.

Tampoco en el *Documento Base para la Catequesis en Italia*, publicado en los años 70, no se habla de la *lectio divina*. En el mismo *Documento Final del Sínodo Extraordinario de 1985* se cita la *Evangelii Nuntiandi* como documento que recuerda significativamente la *Dei Verbum*. La *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI recoge los frutos del Sínodo de 1974 sobre el tema de la evangelización; así, pues, podemos concluir que si en aquel momento muchos padres hubieran insistido sobre la lectio, esta habría sido recordada. En realidad la *Evangelii Nuntiandi* cuando habla de los caminos de la evangelización subraya el testimonio de la vida, la predicación, la liturgia de la Palabra, la catequesis, comprendida como enseñanza religiosa sistemática, el uso de los medios de comunicación, el contacto personal, los sacramentos y la piedad popular en cuanto a la manifestación de la religiosidad, y sin embargo no habla del instrumento de la *lectio divina*.

Tampoco lo menciona la *Catechesi Tradendae* que es también fruto de un Sínodo y que se inspira en la *Dei Verbum*.¹

Quisiera sin embargo recordar un documento inmediatamente posterior al Concilio, que recoge claramente las orientaciones de la *Dei Verbum*. Lo hago con mucho gusto porque nos encontramos en el año en que se celebra el cuarto centenario de la institución de la Compañía de Jesús. Me refiero a la XXXI Congregación general de los Jesuitas, que tuvo lugar en el año 1965-1966. En el decreto

¹ Cf. en particular la parte IV “Toda la Buena Noticia sacada de la Fuente”, y especialmente el numero 27: “La Catequesis sacará siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios transmitida en la Tradición y en la Escritura” (y se citan a continuación *Dei Verbum*, nos. 10-24). La Catequesis “debe impregnarse del pensamiento, del espíritu y de las actitudes bíblicas y evangélicas mediante un contacto asiduo con los textos mismos” (ibídem).

[88] sobre la oración se habla del “tesoro de las Escrituras entregado por el esposo a la Iglesia para que dirija y alimente la vida cristiana”. Y se describe su valor con palabras ciertamente inspiradas en el capítulo VI de la *Dei Verbum*: “Fuente pura y perenne de la vida espiritual, de la oración y de la renovación de la vida religiosa”. Se recuerda después que “toda la Tradición de la Iglesia recuerda oportunamente que la Escritura solamente se convertirá para nosotros en Palabra de Salvación si es escuchada en la oración y conduce a la obediencia de la fe. La *lectio divina* según el uso antiquísimo de la vida religiosa requiere la total disponibilidad hacia Dios que habla y la compunción del corazón bajo la acción de la espada de doble filo que es la Escritura, la cual continuamente nos invita a la conversión” (*Decreto de Oratione*, nº 6).

En el mismo decreto al final se prescribe esto: “La lectura y meditación de la Sagrada Escritura o *lectio divina* ha de ser tenida por todos en gran estima y ha de ser practicada fielmente. Procuren todos por medio de esta lectura adquirir una familiaridad profunda con la Palabra de Dios, escuchar las llamadas divinas, acoger íntimamente la historia de la salvación, con la cual el misterio de Cristo se prepara, se cumple y se continúa en la vida de la Iglesia” (nº 14). Tenemos aquí una lúcida descripción de las principales características de la *lectio divina*, sobre la cual diré todavía algo a continuación.

Parece, pues, que en los documentos oficiales no han faltado alusiones al uso espiritual de la Escritura, aunque las indicaciones del capítulo VI de la *Dei Verbum* no han sido todavía plenamente integradas en la vida de las comunidades cristianas. De hecho, pienso que de una forma especial la catequesis, instrumento fundamental de la educación cristiana, debe comprender necesariamente el conocimiento de Cristo Jesús a través de los Evangelios leídos en el contexto de toda la Escritura. La *lectio divina* es un medio importantísimo que forma parte del proceso de comprensión y de comunicación de la fe.

2. Aunque no se la mencione a menudo en los documentos, en estos veinticinco años la *lectio* y en general el acceso directo de los fieles a la Biblia se han desarrollado mucho, aunque con diversas vicisitudes, que podrían explicar la falta de insistencia que hemos constatado en los textos magisteriales.

Cito algunas palabras de Enzo Bianchi en un estudio sobre la centralidad de la Palabra desde el Concilio hasta hoy : “Sólo a través de una investigación detallada será posible evaluar de forma precisa

[89] y completa lo que ha sucedido en estos años. Pero es posible comprobar que la *Sacrosanctum Concilium* y la *Dei Verbum* han sido los textos más fecundos, los que contienen las mayores virtualidades y los mejor recibidos con respecto a los otros textos conciliares, más allá de los obstáculos y dificultades objetivas que se han encontrado en el camino de la reforma”.²

Así, pues, el Concilio ha dado este fruto. Pero debemos tener en cuenta las vicisitudes a las que antes he aludido, que afectan a la lectura directa de la Biblia por parte de los particulares y de las comunidades. Después de haber llamado la atención en otras ocasiones sobre algunos riesgos que se han presentado en estos años, me limito aquí a subrayar brevemente:

a. Sigue siendo una realidad el riesgo de un *uso formal de la Escritura*, por ejemplo en la elaboración de los proyectos pastorales. En la diócesis de Milán hemos pedido a más de mil parroquias que elaboren de forma amplia y colegial un proyecto pastoral, y es significativo constatar la presencia que en dichos proyectos tiene la Biblia. Sin embargo nos hemos dado cuenta de que a veces los proyectos son bíblicos más por las citas que por la inspiración, es decir no han nacido de una escucha incondicional y abierta de aquella Palabra que cambia la existencia.

b. El segundo riesgo es el *desbordamiento de la lectio fuera del campo de la Tradición y de la Iglesia*. La Escritura se lee no sólo como una crítica a nuestros ídolos sino también como una crítica a las instituciones, una crítica global y carente de discernimiento. Este tipo de lectura ha enfriado no poco el entusiasmo por la lectio divina y explica las resistencias que existen todavía para el uso de tal instrumento.

c. El tercer riesgo es poner *el texto sagrado al servicio de ideologías existentes* (políticas, sociales o filosóficas), usándolo como prueba o como apoyo.

En todos estos casos la lectura de la Biblia tiende a salirse del contexto vital en que ha nacido y se ha transmitido. Por ello el P. Feldkämper hablaba de una lectura contextual en el ámbito de la Tradición y de la Iglesia; sacada de esta matriz la *lectio* ya no es una *lectio divina*. El *Documento Final del Sínodo de 1985*, cuando dice que la *Dei Verbum* ha sido descuidada, exhorta a evitar una lectura parcial: “La exégesis del sentido original de la Escritura altamente

² Cf. “La centralità della Parola di Dio” en *Il Vaticano II e la Chiesa* editado por G. Alberigo y J. P. Jossua, Brescia, 1985, páginas 174-175.

[90] recomendada por el Concilio, no puede separarse de la Tradición viva de la Iglesia ni de la auténtica interpretación del Magisterio”.

Todo ello hace más comprensible la desconfianza de estos últimos años hacia la *Dei Verbum*. Existe el temor de que poniendo la Escritura en el centro puedan derivarse de ello formas de pensamiento y de vida pastoral que no sean plenamente eclesiales. Tal vez por este motivo existen hoy comunidades y grupos que tienen a prescindir de la Biblia. Probablemente se trata de comunidades invadidas por cierta pereza, que han elegido otras formas de consolidación comunitaria buscando por ejemplo la autenticidad de la vida cristiana en el cumplimiento de necesidades particulares, en compromisos prácticos, olvidando que todo esto nace de la fuerza de la Palabra y que la Palabra es generadora de comunidad.

En cualquier caso nos encontramos hoy en una situación que según mi opinión no corresponde a las expectativas del Concilio. Corremos el riesgo de perder el entusiasmo provocado por el capítulo VI de la *Dei Verbum* que en realidad es la base de cualquier proyecto pastoral. Estamos olvidando las severas palabras de S. Juan Crisóstomo: “Para llegar a ser cristianos adultos es necesario adquirir la intimidad con las Escrituras” (cf. *Sobre la carta a los Efesios, Discurso sobre la educación de los hijos*). El gran Padre de la Iglesia nos dice también: “Quien vive sin la *lectio*, realiza una práctica satánica” (*Comentario a Mateo 2,5*). San Ambrosio se hace eco de él: “Leed cada día y medita la Palabra de Dios; tomad como consejeros a Moisés, Isaías, Pedro, Pablo, Juan... Hablad con ellos, medita con ellos todo el día” (*Sobre el salmo 118*). “La lectura produce la asiduidad, la asiduidad produce la familiaridad, la familiaridad produce y acrecienta la fe” (San Jerónimo, *Carta 45,2*). La Iglesia antigua fundaba toda su pastoral sobre la Escritura, y también ella trataba de llevar, en cuanto los tiempos y la cultura de la gente lo permitían, a un contacto personal de los fieles con la Palabra.

¿Qué es la *lectio divina*?

Antes de pasar ahora a la pregunta crucial, a saber, si es o no posible en la práctica una *lectio divina* que se haga realidad en todo el pueblo y por tanto constituya un instrumento de la pastoral ordinaria, quisiera subrayar algunos aspectos de la *lectio* que no debemos descuidar si queremos hacer frente al desafío que tenemos delante.

[91]

En efecto, a menudo se corre el riesgo de comprender bajo el nombre de *lectio* cualquier lectura de la Biblia que esté unida en cualquier forma con la oración. Frecuentemente se tiende también a hacer “teología bíblica” tratando temas de uno u otro Testamento, o se buscan actualizaciones a partir de un texto elegido para la ocasión o presente en la liturgia. Todo esto forma parte de la *lectio* pero no la define en sus características más profundas; tampoco es suficiente para definir la *lectio* el recurso a una cierta metodología, aunque sea útil, que prevé momentos distintos como la *lectio*, la *meditatio*, la *oratio*, la *contemplatio*, etc. No se trata sólo de leer determinados textos bíblicos según un cierto método, aunque de hecho toda práctica de la *lectio* presentará más o menos estas características. “La lectio divina es la lectura continua de todas las Escrituras, en la cual cada libro y cada sección se leen consecutivamente, se estudian, se meditan, se comprenden y se gustan dentro del contexto de toda la revelación bíblica, Antiguo y Nuevo Testamento. A través de esta simple adhesión y respeto humilde al contexto bíblico completo, la *lectio divina* es una práctica de obediencia total e incondicionada a Dios que habla, en la que el hombre se convierte en un atento oyente de la Palabra... La *lectio divina* no elige textos adecuados a temas o argumentos ya elegidos y decididos con anticipación teniendo en cuenta necesidades o gustos ya experimentados o advertidos por el lector o por la comunidad que lee. La *lectio* no adopta ni siquiera el procedimiento de los "temas bíblicos", sino que prefiere evitar cualquier selección teológica del mensaje bíblico. La *lectio* comienza por la Palabra de Dios y la sigue paso a paso desde el principio hasta el fin. La *lectio divina* supone y toma en serio la unidad de toda la Escritura”.

He querido citar ampliamente estas palabras de F. Rossi de Gasperis tomadas de un sugerente estudio (*Bibbia ed esercizi spirituali*, Torino 1982, p. 33), porque opino que en ellas se plantea de forma lúcida y casi despiadada el problema ¿Es posible hacer de esta lectio una realidad pastoral traducible en la vida pastoral de las comunidades?

No tengo una respuesta para este interrogante sino algunas sugerencias que expondré después. Pero sostengo que hay que tomar en serio el desafío manteniendo al mismo tiempo la confianza en el campo global que la Iglesia hace recorrer a sus fieles en la liturgia. El leccionario renovado, de hecho, tiende a poner a los fieles en contacto virtualmente con toda la Escritura a lo largo de tres años durante los domingos y a lo largo de dos años a través de las lecturas feriales. Es necesario referirse a esta lectura global de la Iglesia

[92] ayudando a cada fiel a que coloque en el conjunto de toda la Escritura la *lectio* que se le propone, y enseñándole a buscar y a encontrar por sí mismo las referencias que iluminan cada pasaje. Por tanto volvemos ahora al interrogante concreto que nos hemos propuesto.

¿Es posible un uso pastoral de la lectio divina?

Trataré de responder a esta pregunta que nace de las reflexiones precedentes con algunas experiencias prácticas. ¿Es posible realmente un uso pastoral de la *lectio*? ¿Es posible trazar el camino de la Iglesia sobre ella? ¿Cómo vivir la *lectio divina* en las bases eclesiales, incluso en las comunidades parroquiales más simples? ¿Es posible hacer de ella una realidad pastoral del pueblo? Apenas llegué a Milán como obispo, me di cuenta de que a tales preguntas no se podía responder con algunas orientaciones particulares sino con todo un programa pastoral diocesano, un programa que parta sobre todo del “asombro”, es decir, de aquellas actitudes contemplativas que son previas a la lectura del texto sagrado: reverencia, escucha, silencio, adoración ante el misterio divino, situarse frente a la Escritura como Palabra de Dios. A partir de esta dimensión contemplativa es necesario desarrollar un proyecto de comunidad fundado sobre la palabra como referencia primaria y promover iniciativas concretas, capaces de poner la *lectio divina* al alcance de todos.

Se trata de un ideal del que todavía estamos lejos. Ojalá que un día pueda celebrarse un Sínodo universal en el cual se nos pregunte: “¿Cómo hemos aplicado la *Dei Verbum*? ¿Cómo la hemos vivido y qué iniciativas se han propuesto?” Porque estoy persuadido de que para un cristiano de hoy que vive en la sociedad occidental, una sociedad compleja, difícil, secularizada, es prácticamente imposible perseverar en la fe sin alimentarse también personalmente con la Escritura. La Biblia como propone la Federación Bíblica Católica Mundial debería entrar en un programa serio que inspire la visión pastoral de los particulares y de las parroquias.

Por mi parte, como he dicho, quisiera comunicar alguna experiencia útil para mostrar que no hay un camino fijado de antemano, sino que es necesario escrutar continuamente los signos de los tiempos para comprender de qué modo el Espíritu nos guía para llevar la Escritura a los fieles.

[93]

1. La escuela de la Palabra

La iniciativa nació en nuestra diócesis de Milán sin ninguna pretensión. Algunos jóvenes, hace diez años, me pidieron que les enseñase a rezar con la Biblia. Y después de haberles instruido brevemente, sintieron la exigencia de aprender a través de ejemplos prácticos.

Entonces propuse la *Escuela de la Palabra* en la Catedral a partir de octubre de 1980; de los trescientos jóvenes presentes la primera tarde, pasamos rápidamente a quinientos, después a mil, dos mil, tres mil. La cita del primer jueves de cada mes se convirtió de año en año en algo familiar para muchísimos jóvenes. El número de los asistentes superaba la capacidad de la Catedral y recuerdo con qué silencio escuchaban la Palabra, con qué recogimiento seguían la *lectio*. Comenzábamos recitando un salmo para crear la atmósfera, se hacían luego algunas indicaciones metodológicas y después la lectura de un pasaje bíblico. A la lectura seguía una explicación meditativa que preparaba para el momento contemplativo, quince minutos de absoluto silencio en actitud de oración.

Para estas Escuelas en la Catedral durante cinco años elegimos temas diversos. Sobre todo, las oraciones bíblicas. El año siguiente algunos salmos, otra vez el salmo Miserere (era al año del Sínodo sobre la Reconciliación, 1983); las vocaciones en la Biblia; la mujer en la Escritura.

El Secreto del éxito de esta iniciativa está en el hecho de que no ofrecemos a los jóvenes una catequesis y ni siquiera una homilía, sino los instrumentos para situarse directamente frente al texto para ejercitarse en la *lectio divina*.

Después de cinco años en la Catedral, y puesto que el número de participantes continuaba creciendo, escogimos veinticinco grandes iglesias en la diócesis, conectándonos por radio. Yo tenía la *lectio* a través de la emisora diocesana, y los jóvenes en los diversos puntos de escucha se reunían para cantar, escuchar, meditar, orar, contemplar.

Los frutos han sido consoladores. Alrededor de trece mil jóvenes siguieron la Escuela. Después, deseando ampliar la experiencia, hemos extendido la escuela de la Palabra a todo el territorio diocesano. También este año se han elegido alrededor de setenta lugares de encuentro y setenta sacerdotes, a los cuales yo mismo doy el tema, propongo la metodología, de manera que el pasaje de la *lectio* sea igual para todos.

Perfeccionándonos gradualmente, hemos llegado ahora a los

[94] clásicos momentos de *lectio-meditatio-oratio-contemplatio*, el momento de la *actio*, una acción simbólica que realicen los mismos jóvenes al final del encuentro mensual para concretar la actuación que se deriva de la Palabra. De este simple intento de poner en práctica el capítulo VI de la *Dei Verbum* han nacido también numerosas vocaciones sacerdotales, religiosas y de cooperación voluntaria.

2. Los Ejercicios bíblicos vespertinos en las parroquias

Es una segunda experiencia que me ha parecido interesante para llevar la *lectio divina* a un nivel popular.

Los ejercicios espirituales tienen lugar durante seis tardes consecutivas proponiendo la *lectio* de un pasaje. Cuando los he hecho en la Catedral, he comentado, durante una semana entera, la multiplicación de los panes (*Mateo 14*), otra vez el lavatorio de los pies (*Juan 13*), y otra vez el milagro de Caná (*Juan 2*).

Son cientos y cientos las parroquias que repiten la experiencia de los ejercicios vespertinos, y la gente, incluso la más sencilla, adquiere el gusto de acercarse a la Escritura, de pasar momentos de oración y de silencio. Lo importante es no aprovechar el tiempo de los ejercicios para una predicación o una homilía más.

3. La *lectio divina* sistemática por radio

Después de muchas dudas e incertidumbres, después de tantas opiniones contrarias, me he decidido a intentar la experiencia de dar un curso de ejercicios espirituales sobre la *lectio divina* por radio a un grupo de comunidades religiosas. Las diecisiete comunidades monásticas de clausura que se encuentran en la diócesis aceptaron la propuesta: todas juntas siguiendo el mismo horario diario hicieron los ejercicios, y yo tenía la *lectio* comunicándome por radio o por teléfono.

Me he dado cuenta de que la atención ha sido muy grande, y que las religiosas han podido vivir verdaderamente los ejercicios con la ayuda de la *lectio* (sobre la historia del profeta Elías). Entre otras cosas, he sabido a través de centenares de cartas que he recibido, que muchísimas comunidades religiosas en las diversas partes de Italia han podido conectarse por radio y unirse a la experiencia de los ejercicios.

Esto significa que la *lectio divina* posee una fuerza de atracción extraordinaria que puede llegar a todos aquellos que desean con limpieza de corazón conocer más profundamente al Señor.

[95]

4. La Cátedra de los no-creyentes

La cátedra de los no-creyentes es la última experiencia que deseo recordar.

A veces la Biblia hace hablar a los no-creyentes: "Dixit impius, non est Deus" (*Salmo 53,1*). Y los libros de la sabiduría dan la palabra a los no-creyentes para que expresen sus razones.

Por esta razón, he pensado en acercarme en actitud de búsqueda a quien todavía no tiene fe, comenzando como hace la Biblia, por ponerme en actitud de escucha ante estas personas, para escucharnos después recíprocamente. Después de larga preparación hemos organizado algunas sesiones de tres o cuatro encuentros cada una, invitando a hablar a un no-creyente (un filósofo, después un historiador, después un psicólogo) pidiéndole responder a la pregunta: "¿Qué significa mi no-creencia?", y dejando que resonase con esta provocación lo que el no-creyente tiene que decir. En una sesión partimos del libro de Job (sentido o sinsentido del dolor); en otra de la Palabra de Jesús: "Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos", para entender si la fe es una actitud infantil o más bien una nueva infancia reconquistada.

La Escritura nos ha permitido así realizar un diálogo con los no-creyentes, y debo admitir que los encuentros de la Cátedra han tenido momentos de emoción y de interés muy grandes.

Este año entre Pascua y Pentecostés hemos podido organizar grandes sesiones públicas en la Catedral para escuchar esta vez a algunos creyentes que ofrecían respuestas desde la fe a las preguntas de los no-creyentes.

Como fruto de toda la experiencia ha nacido una voluntad más grande de buscar la verdad y de dejarnos estimular por ella.

Conclusión

¿Es o no posible una pastoral que tenga suficientemente en cuenta la *lectio divina* y el contacto directo con la Palabra?

No he dado una respuesta teórica a la pregunta, pero creo haber mostrado que existen caminos concretos para llegar a lo que está en el corazón de la Iglesia, a lo que está en el corazón de todos los organizadores de este encuentro, a la Federación bíblica Católica Mundial: hacer la Palabra de Dios accesible a todos.

Quisiera terminar ahora leyendo algunas palabras escritas por el Santo Padre Juan Pablo II en una carta enviada en el mes de junio a Monseñor Ablondi, presidente de la Federación Bíblica Católica

[96] para el Apostolado Bíblico: “Entregando la Biblia a hombres y mujeres, vosotros les entregáis a Cristo mismo, que llena a aquellos que tienen hambre y sed de la Palabra de Dios, sacia a aquellos que tienen hambre y sed de libertad, de justicia (...) Los muros del odio y del egoísmo que todavía dividen a hombres y mujeres y los hacen hostiles e indiferentes a las necesidades de sus hermanos y hermanas caerán como los muros de Jericó al sonido de la Palabra de la gracia y de la misericordia de Dios”.

Añade el Papa, y es hermoso repetirlo sabiendo que anteriormente se ha hecho alusión al contexto ecuménico y al contexto más amplio del diálogo entre todos los creyentes de las diversas religiones: “La Biblia es también un tesoro que en gran parte es venerado en común con el pueblo hebreo, al cual la Iglesia se siente unida por un especial vínculo espiritual desde sus comienzos. Y finalmente este libro santo, al cual se refieren de alguna manera también los pueblos del Islam, puede inspirar todo diálogo interreligioso entre los pueblos que creen en Dios, y de esta manera contribuye a crear a través de una oración universal y agradable a Dios la paz de los corazones para todos”.